

LA HISTORIOGRAFIA LATINOAMERICANA DEL SIGLO XIX,
EL CASO DE TRES HISTORIADORES ILUSTRES:
ANDRES BELLO, DIEGO BARROS ARANA Y
BARTOLOME MITRE

George L. Vásquez

Departamento de Historia San José State University

Introducción

El siglo XIX fue, por excelencia, el siglo de la historiografía. Como ha señalado el historiador suizo, Eduard Fueter, en su notable *Historia de la historiografía moderna* (Munich, 1911), “la Revolución francesa y sus Consecuencias inmediatas produjeron una transformación completa en la manera de considerar el valor y la tarea específica de la historia” (Fueter 1953: T. II, 91). La primera parte del siglo atestigó en Europa la rivalidad entre dos conceptos de la historia: por una parte la historiografía romántica y liberal, por la otra la historiografía realística. La historiografía romántica rechazó el intelectualismo excesivo del racionalismo que sostenía una concepción mecanicista “que consideraba constitución, derecho, religión, artes y lengua como otras tantas máquinas artificialmente construídas” (Fueter 1953: T. II, 93). Al contrario, “el romanticismo” enseñó “que era necesario respetar la tradición como fuerza histórica” y “desarrolló la doctrina de las diversidades fundamentales de las naciones” (Fueter 1953: T. II).

Este concepto historiográfico fue disputado repentinamente con la Revolución de Febrero que “tuvo casi tanta influencia sobre la historiografía como la revolución francesa de 1789” (Fueter 1953: T. II, 208).

“Su primera consecuencia fue extender sobre el pueblo la mirada del historiador. Se reconoció en las condiciones económicas un valor independiente, paralelo a las formas políticas. Los historiadores buscaron determinar las fuerzas sociales que actuaban en los cambios políticos” (Fueter 1953: T. II, 208-209).

En el Nuevo Mundo —especialmente aquella parte del hemisferio que había pertenecido a la corona española— los sucesos políticos de importancia trascendental fueron las guerras de emancipación y la creación, no siempre afortunada, de países independientes. La historiografía latinoamericana decimonona consiguientemente se ocupaba en su mayor parte del análisis del legado colonial y de la investigación de los problemas concomitantes con la fundación de nuevas naciones.

Si bien los historiadores del siglo XIX estaban de acuerdo acerca de los temas de mayor importancia que merecían ser tratados seriamente, no siempre coincidían en la manera de escribir la historia. El debate historiográfico que se impuso en el siglo fue el conflicto entre aquellos historiadores partidarios de la ideología histórica que buscaba reconocer las ideas que dominaban la historia y aquellos que se oponían a “hacer historia filosófica sin conocer previamente los hechos en toda su perfección crítica...” (Gandía 1939: 85).

Lo que sigue es un estudio sobre la evolución historiográfica latinoamericana decimonona que se realiza por medio de una investigación del pensamiento historiográfico de tres historiadores representativos del XIX: el maestro venezolano, Andrés Bello; su discípulo chileno, Diego Barros Arana; y la figura renacentista argentina, Bartolomé Mitre.

Según el distinguido historiador norteamericano E. Bradford Burns, que ha dedicado más de cuarenta años al estudio de la historia de la América Latina, los historiadores latinoamericanos del siglo XIX expresaban “opiniones elitistas, ...se comprometían ideológicamente a la idea del progreso que igualaban a la europeización”, e ignoraban “la mayoría de la población en sus páginas” (Burns 1978: 428). Aun peor, estos pensadores e historiadores consideraban a las masas dignas representantes de la barbarie que serían civilizadas o reemplazadas solamente por la migración europea (Burns 1978: 428-429). Según el profesor Burns, “la dependencia excesiva sobre el pensamiento y metodología históricos europeos” que caracterizaba la obra historiográfica latinoamericana decimonona “empeñaba su visión de su propio pasado nacional” (Burns 1978: 429).

En el estudio siguiente veremos hasta qué punto tenía razón el historiador norteamericano.

1. *Andrés Bello (1781-1865)*

Según el historiador chileno Domingo Amunátegui Solar “Los padres de la Compañía de Jesús, en la época colonial, y el sabio Bello, al empezar la era republicana, encaminaron a la juventud de nuestro país en el cultivo de la historia patria” (Amunátegui 1940: 126). Conocido principalmente como polígloto, gramático, filósofo, sociólogo y periodista, el sabio venezolano que asesoró, en Londres, a su antiguo alumno Simón Bolívar durante los primeros años de la guerra de independencia, fue el maestro de la nación chilena que dejó a su partida importantes comentarios de carácter histórico. El historiador venezolano, Mariano Picón-Salas, asegura en su prólogo al tomo XIX de las *Obras Completas* de Andrés Bello que “en su larga vida Bello fue testigo de la mayor transformación en la ciencia histórica que hasta entonces conociera la cultura europea” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XI). Pero eso no es todo. El maestro venezolano asegura que en torno a Bello y al historiador chileno Diego Barros Arana –cuya contribución historiográfica examinaremos más tarde– “se puede escribir gran parte de la Historia cultural de Chile durante tres cuartos de siglo” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XIII). Andrés Bello nunca escribió una monografía historiográfica ni una historia general de su país natal ni de su país adoptivo; tampoco fue historiador de profesión; sin embargo “creó con su entusiasmo y clarividencia de gran humanista, una escuela histórica que parecía anticiparse en el rigor documental, crítica de las fuentes y cotejo exhaustivo de documentos, a cuanto se hacía en Hispano-América hace cien años” (Picón-Salas 1957: T. XIX, LX).

Su primera prueba historiográfica, el “Resumen de la Historia de Venezuela”, que formaba parte del libro titulado *Calendario manual y guía de forasteros en Venezuela para el año de 1810* se considera como el primer libro impreso en Venezuela. Este bosquejo de sólo cuarenta páginas de la historia venezolana desde el descubrimiento colombino hasta la primera década del siglo XIX constituye “la primera interpretación, con visión sintética, del dominio trisecular de España en cualquier porción americana” (Grases 1978: 8). Bello tenía solamente 29 años cuando escribe el “Resumen...” de modo que su concepto de la historiografía aún no está muy desarrollada. No vacila, por ejemplo, en las 30 primeras páginas que resumen los siglos XVI y XVII en parafrasear y hasta reproducir enteros de obras ajenas, “princi-

palmente en la *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, de José de Oviedo y Baños (Grases 1978: 9). Sin embargo, en las últimas diez páginas, como insiste el profesor Grases a quien debemos el descubrimiento de esta obra en el Museo Británico, vemos a un Bello que relata los sucesos desde principios del siglo que corresponden “a vivencias propias del autor”. Continúa el biógrafo de Bello:

“Creo ver una adscripción espiritual con la tierra, los lugares, las gentes y sus costumbres, entendido el todo como base del ser americano en el trópico. Y en esta comprensión radican, a mi juicio, las fuentes del nuevo humanismo que alentará para siempre en toda la vida de Bello” (Grases 1978: 9-10).

En el “Resumen de la Historia de Venezuela” ya podemos notar un tema cardinal del pensamiento político e historiográfico de Bello: su “tesis de naciente liberalismo económico contra las trabas y el monopolio comercial de la monarquía” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XXVII-XXVIII). También resalta en el “Resumen...” de Bello “la fe en la tierra venezolana y la transformación que pueden operar en ella el trabajo, las ‘artes útiles’ y el intercambio con el mundo civilizado” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XXX). Bello habla de la “época de la regeneración civil de Venezuela” que ocurre a fines del siglo XVII cuando el régimen español se apartó de la mentalidad minera y comenzó a explotar la agricultura en Venezuela. El mismo nos dice:

“Entre las circunstancias favorables que contribuyeron a dar al sistema político de Venezuela una consistencia durable debe contarse el malogramiento de las minas que se descubrieron a los principios de su conquista. La atención de los conquistadores debió dirigirse desde luego a ocupaciones más sólidas, más útiles, y más benéficas, y la agricultura fue lo más obvio que encontraron en un país donde la naturaleza ostentaba todo el aparato de la vegetación” (Bello 1978: 41).

Desde esta obra inicial Andrés Bello nos indica otro tema de su pensamiento historiográfico: la importancia de escribir la “historia interna” y “no puramente narrativa o enumerativa” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XXXII). Como comenta Picón-Salas:

“No es sólo tema de la Historia la narración de hermosos y muy aderezados sucesos y los elegantes retratos de personajes, al modo de Oviedo y Baños, sino el genio práctico del siglo exige que se consideren también en la descripción del país, todos los factores naturalísticos y climáticos, los productos del suelo y la manufactura y sus formas de

distribución y comercio; las rentas públicas, las distancias y caminos, el tráfico interior, las cifras de importación y exportación, los frutos extraídos y los efectos introducidos” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XXXII).

Más de treinta años después, Andrés Bello –que permaneció diecinueve años en Londres y que aceptó luego la invitación del gobierno chileno de trasladarse a Santiago donde trabajó en los ministerios de Educación y de Relaciones Exteriores– se involucraría en el primer debate historiográfico de mayor consecuencia para el mundo latinoamericano. La controversia tuvo como resultado directo el Estatuto de la Universidad de Santiago escrito por su primer rector, el mismo Bello, que requería que se leyese anualmente “en sesión solemne un discurso, o memoria, sobre la historia patria” (Amunátegui 1940: 129). El 6 de setiembre de 1844 el más distinguido de los discípulos de Bello, José Victorino Lastarria, presentó la primera memoria histórica. El trabajo se intitulaba *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* y el joven Lastarria –nacido treinta y seis años después que Bello– “iba a mezclar en aquel trabajo los esquemas históricos de la Ilustración y la rectilínea teoría del progreso, con la declamatoria fraseología romántica” (Picón-Salas 1957: T. XIX, XLIX). Lo que irritó a su maestro y le obligó intervenir en el asunto fue el hecho que Lastarria “olvida el interés revelador del detalle histórico”, según la interpretación de Picón-Salas, “en busca de una historia filosófica”. En su contestación, que apareció en *El Araucano* el 8 y el 15 de noviembre de 1844, el maestro Bello claramente explica su oposición a la “historia filosófica”. Solamente dos meses antes Bello había elogiado la obra del historiador y naturalista francés Claudio Gay, titulada *Historia física y política de Chile* porque éste “precisamente había adoptado el método narrativo, aconsejado por Bello a los jóvenes chilenos. (Amunátegui 1940: 131). Además explicó por qué se oponía a la historia filosófica:

“El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la historia; porque en ciertas materias el que dice filosofía dice sistema; y el que profesa un sistema, lo ve todo al través de un vidrio pintado, que da un falso tinte a los objetos (Bello 1957a: T. XIX, 141).

En su contestación a la memoria escrita por Lastarria, Bello insiste que “es un deber de la historia contar los hechos como fueron”. Eso significa que el historiador tiene la obligación de preocuparse por “las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos” y no solo por “las grandes y comprensivas lecciones de los resultados sintéticos de la historia” (Bello 1957b: 159).

“Lo que se pierde en la extensión de la perspectiva”, mantiene Bello, “se gana en la claridad y viveza de los pormenores. Las costumbres domésticas de una época dada, la fundación de un pueblo, las vicisitudes, los desastres de otro, la historia de nuestra agricultura, de nuestro comercio, de nuestras minas, la justa apreciación de esa o aquella parte de nuestro sistema colonial, pudiera dar asunto a muchas e interesantes indagaciones” (Ibídem). Termina su crítica de Lastarria citando a Sismondi, el autor de la célebre *Historia de las Repúblicas Italianas hasta la Edad Moderna* (1807-1818) que Bello considera como “aquel esforzado campeón y juicioso consejero de los pueblos”:

“...los propagadores de las ideas nuevas han caído en errores fundamentales; que, advirtiendo el mal que pretendían destruir, se han formado ideas falsas del bien que deseaban fundar; que han creído descubrir principios, cuando sólo poseían paradojas; y que esa ciencia social de la cual depende la dicha de la humanidad, exige estudios nuevos, más serios y más profundos: exige que la duda filosófica tome el lugar de las aserciones y de los axiomas empíricos; exige que la experiencia del universo sea evocada para descubrir los vínculos de causas y efectos, porque en todas partes presenta ella dificultades que vencer y problemas que resolver” (Cit. en Bello 1957b: 135).

Tres años después el discípulo castigado, José Victorino Lastarria, se presentó a un certamen abierto por la Facultad de Humanidades con un libro titulado *Bosquejo histórico de la Constitución del gobierno de Chile durante el primer período de la revolución*. “En vez de cambiar de rumbos”, comenta Amunátegui Solar, “este ilustre publicista creyó oportuno acentuar sus opiniones” y “como en su primera memoria, se extendía en consideraciones políticas y filosóficas, sin un examen completo de los hechos” (Amunátegui 1940: 135). Pero ahí no acabó el asunto. Jacinto Chacón, joven adversario empedernido, “publicó un prólogo al *Bosquejo*, en que trata de defender las teorías sustentadas por el autor” (Amunátegui 1940: 136).

Una vez más Bello se vio obligado a refutar lo que consideraba como nociones historiográficas equivocadas y dañinas. Esto lo hizo en dos artículos que aparecieron en *El Araucano* (el 28 de enero y el 4 de febrero de 1848) titulados: “Modo de escribir la historia” y “Modo de estudiar la historia”. El ilustre venezolano comienza su argumento citando a tres historiadores franceses –Sismondi, Barante y Thierry– que se oponían a la historia filosófica. Basta citar solamente al Barón de Barante, autor de la *Historia de los duques de la Burgundia* (1824-1826) para indicar el tono que quería imponer el rector de la Universidad de Santiago:

“Estamos cansados de ver la historia transformada en un sofista dócil y asalariado que se presta a todas las pruebas que cada uno quiere sacar de ella. Lo que se le piden son hechos. Como se observa en sus pormenores, en sus movimientos, este gran drama de que somos actores y testigos, así se quiere conocer lo que era antes de nosotros la existencia de los pueblos y de los individuos. Se exige que la historia los evoque, los resucite a nuestra vista” (Cit. en Bello 1947c: 236).

En su artículo “Modo de escribir la historia” Bello insiste en dos puntos. Primero, que la verdadera filosofía de la historia sólo se justifica después de haber examinado el espíritu de un pueblo en su totalidad —o sea “en su clima, en sus leyes, en su religión, en su industria, en sus producciones artísticas, en sus guerras, en sus letras y ciencias” “¿Y cómo pudiera hacerlo”, pregunta un Bello ardiente, “si la historia no desplegase ante ella todos los hechos de ese pueblo, todas las formas que sucesivamente ha tomado en cada una de las funciones de la vida intelectual y moral? (*Ibidem*: 238). El segundo punto es que la verdadera historia chilena no se aprenderá a través de los trabajos filosóficos de la Europa. “La filosofía de la historia de Europa”, nos dice, “será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo”. [...] “El estudio y cultivo de la historia chilena, debe principiarse por el esclarecimiento de los hechos” (*Ibidem*: 241).

Bello vuelve a este tema en su artículo “Modo de estudiar la historia”. Comienza declarando que “el trazar lineamientos generales tiene el inconveniente de dar mucha cabida a teorías y desfigurar en parte la verdad” (Bello 1957d: 241). Pero el punto principal que quiere hacer en el segundo de sus dos artículos sobre la historia es advertir a la juventud chilena que “ha tomado con ansia el estudio de la historia” la necesidad de estudiar en forma detallada la peculiaridad de la civilización chilena. Bello dice: “Quisiéramos sobre todo precaverla de una servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa” (*Ibidem*: 250). Podemos concluir este repaso del pensamiento historiográfico de Andrés Bello citando su exhortación a la juventud de Chile en ocasión de la inauguración de la Universidad de Santiago:

¡Jóvenes chilenos! aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y sus leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y conquista de América? Leed el

diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y que Robertson. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de la Europa.

Nuestra civilización será también juzgada por sus obras; y si se la ve copiar servilmente a la europea aun en lo que ésta tiene de aplicable, ¿cuál será el juicio que formará de nosotros, un Michelet, un Guizot? Dirán: la América no ha sacudido aún sus cadenas; se arrastra sobre nuestras huellas con los ojos vendados; no respira en sus obras un pensamiento propio, nada original, nada característico; remeda las formas de nuestras filosofías, y no se apropia su espíritu. Su civilización es una planta exótica que no ha chupado todavía sus jugos a la tierra que la sostiene” (Bello 1957: T. XIX, 251).

El tiempo ha justificado “el criterio maduro y reflexivo de don Andrés Bello” que predominó sobre “las rebeldías de Lastarria”. Según el historiador Amunátegui Solar, si “la historia de Chile es la mejor estudiada entre las de las repúblicas hermanas”, si “nuestra vida nacional ha sido narrada bajo sus diversos aspectos, con extraordinaria escrupulosidad y de un modo completo”, si “conocemos el desarrollo público y privado de nuestra sociedad en todas sus formas: político, social, constitucional, eclesiástico, agrícola, militar y naval,... esta inmensa obra se debe al impulso dado en la pasada centuria por el ilustre fundador de nuestra Universidad (Amunátegui 1940: 142).

2. *Diego Barros Arana (1830-1907)*

Andrés Bello, el defensor elocuente de la “escuela narrativa” historiográfica, “determinó el destino de la escuela chilena” de la segunda mitad del siglo pasado, especialmente “sus máximos representantes: Amunátegui, Barros Arana y Medina (Acevedo 1992: 29). Este triunvirato de historiadores chilenos definiría la tarea historiográfica en términos liberales y progresistas. Como escribe el historiador argentino, Edberto Oscar Acevedo en su valioso *Manual de historiografía hispanoamericana contemporánea*:

“Ellos pertenecían a una época en que el liberalismo político era la concepción predominante. El progreso indefinido, el apartamiento de la Iglesia católica, la creencia en que la razón individual bastaba para alcanzar toda la verdad, la fe en la habilidad política de la clase dirigente, la confianza en la instrucción pública, la no intervención del Estado en la vida económica y, por sobre todo, la defensa irrestricta de

la libertad personal, que eran su credo, se compaginaban con un Estado que quería controlar la 'memoria' nacional convirtiendo así, a la Historia, en un negocio del gobierno, aunque la libertad fuera la medida de esa historia" (Acevedo 1992: 29).

Vamos a examinar en forma más detallada el pensamiento histórico del segundo de estos historiadores chilenos, Diego Barros Arana, que nos ha legado tres joyas de la historiografía latinoamericana del siglo decimonoveno: la *Historia de la independencia de Chile* (1863-66), la *Historia de la Guerra del Pacífico* (1881) y la *Historia general de Chile* en 16 volúmenes (1884-1902). Barros Arana –director del Instituto Nacional en Santiago y con Miguel Luis Amunátegui el director de la *revista Chilena* (1875-1880)– dice en el prólogo de su majestuosa *Historia general de Chile* que “la literatura histórica de Chile se clasifica en tres grupos diferentes” (Barros Arana 1884; I: i). Estos son “crónicas o memorias escritas por contemporáneos de los sucesos que narran”, “monografías o historias parciales” y “las llamadas historias jenerales” (Barros Arana 1884; I: i-ii). Barros Arana confiesa que él se propone escribir una historia general de Chile empleando la forma que llama “la historia narrativa”. Justifica su decisión porque “la historia narrativa... se dirige a mayor número de lectores” y porque “la forma narrativa no excluye de la historia las aplicaciones del jénero filosófico (Barros Arana 1884; I: ix-x).

“La edad moderna... no se contenta con hallar en la historia el cuadro de los sucesos políticos i militares, sino que reclama noticias de otra clase, descuidadas ordinariamente ántes de ahora, i que sin embargo, son las que nos hacen penetrar mejor en el conocimiento de los tiempos pasados. La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros, de sus jenerales, i de sus hombres notables, sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus ideas, sus creencias, su vida material i moral; i debe ademas estar espuesta con las mas trasparente claridad para que del conjunto de hechos tan complejos, resulte la reconstruccion artificial pero exacta del pasado” (Barros Arana 1884, I: x-xi).

Si bien admite que la forma que él llama “historia narrativa” se puede combinar con la historia filosófica, siendo un discípulo leal de Bello, está convencido que la última “no puede existir sino a condicion de que la historia haya pasado por las otras fases, que haya llevado a cabo un estudio i minucioso de los documentos i de los hechos, i de que haya establecido definitivamente la verdad, despojándola de fábulas i de invenciones, i echado así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosó-

fica” (Barros Arana 1884, I: ix). Por lo tanto Barros Arana informa que ha hecho un esfuerzo mayor para “hacer hablar los antiguos documentos o las viejas relaciones, sea reproduciendo literalmente sus propias palabras, sea breviándolas para darles una forma mas clara i mas concreta (Barros Arana 1884, I: xix). También nos dice que se ha “esmerado en poner al pié de cada pájina la indicacion exacta del documento o del libro” que le ha servido de guía “no solo para establecer la importancia relativa de cada pieza o de cada libro, sino para guiar en el trabajo de investigacion a los que se dedican a este género de estudios”, o sea a otros historiadores (Barros Arana 1884, I: xiv).

Barros Arana nos sorprende con su actitud historiográfica moderna que insiste en la necesidad de que cada generación escriba su propia historia. Veamos lo que dice sobre este punto:

“...estoi persuadido de que mi libro no es mas que un estenso bosquejo de la historia nacional, que será sobrepujado en breve por trabajos mejor elaborados. La historia, como se sabe, está sujeta a transformaciones sucesivas. [...] Cada edad busca en la historia nuevas lecciones, i cada una exige en sus pájinas otros elementos i otras noticias que habian descuidado las edades anteriores” (Barros Arana 1884, I: xv).

También opina que la historia general de una nación es la más difícil de escribir porque “por corta que sea la vida política que ésta ha tenido, exige una estensa i prolija investigacion sobre las mas variadas materias” y además “una historia de esta clase no puede ser la obra de un solo hombre” (Barros Arana 1884, I: vii). Su método moderno se manifiesta también en la manera en que escribe la historia comparativa, algo casi desconocido en el siglo pasado. En su *Compendio de historia de América* (1865) hace un esfuerzo exitoso para contrastar la administración y política colonial no sólo entre las colonias españolas y portuguesas sino también entre estas y las posesiones de Gran Bretaña y Francia en el Nuevo Mundo. Este tipo de historia comparativa que facilita el mejor entendimiento de los problemas históricos –tanto de tiempo como de espacio– se desconoce casi en su totalidad en la historiografía latinoamericana hoy en día.

Por último, quisiera decir dos palabras sobre su liberalismo y fe en el progreso que caracterizan toda la obra historiográfica del maestro chileno. Como dice Gonzalo Bulnes en un estudio preliminar a la obra de Barros Arana titulada, *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*. “Don Diego era profundamente liberal. Su liberalismo era... liberalismo a la inglesa. Era enemigo de todo lo que fuera imposición. Tenía fe en el progreso, y en la

fuerza inconvertible del pensamiento (Bulnes 1932: 32). El mismo Barros Arana nos dice: “Los que quieren detener el progreso de las ideas, me hacen el mismo efecto que un hombre que quisiera sujetar la catarata del Niágara con una compuesta de álamo. (Bulnes 1932: 32). Coincidimos con Jaime Eyzaguirre cuando este concluye en su obra, *fisonomía histórica de Chile* (México. 1948) que “Barros Arana concibe como el tipo más alto de obra histórica la que, a través de una laboriosa investigación, logra ‘establecer la verdad y el conocimiento claro y seguro de que la sociedad es un agregado de fuerzas que se mueven según leyes especiales, tendientes todas ellas a una común que la filosofía moderna ha caracterizado con el nombre de evolución” (Cit. en Acevedo 1992: 29). Un ejemplo concreto de su creencia en el progreso en la historia es la manera en que describe a los jesuitas que habían sido desterrados de España y de las colonias hispanoamericanas aproximadamente cuarenta años antes de las guerras de independencia. ‘¿Cuáles habrían sido los embarazos de los padres de la patria, nos comenta Barros Arana en su trabajo titulado *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*, si a todas las dificultades que tuvieron que vencer se hubieran agregado el prestigio, el poder y la riqueza de los jesuitas, que indudablemente se habrían pronunciado en contra de todo cambio de Gobierno y, sobre todo, en contra de la independencia y de la República?” (Barros Arana 1932: 114). Para Barros Arana los jesuitas ejercieron tanto poder en la administración de la colonia y en la sociedad entera que “dirigieron a los gobernantes y dominaron a los gobernadores” (Barros Arana 1932: 36). Si la corona borbónica no hubiera expulsado a la orden jesuita ésta tenía en sus manos el poder de impedir o, por lo menos, de retrasar la emancipación de las colonias españolas. Pero la historia, según Barros Arana, actúa en favor del progreso hacia la libertad y la expulsión de los jesuitas fue un primer paso asegurando el triunfo inevitable de la independencia de los estados hispanoamericanos.

Barros Arana sirvió lealmente a su patria, como pedagogo, diplomático e historiador. Gonzalo Bulnes le llama una “noble figura” que se puede considerar “como el faro de la intelectualidad sud-americana” (Barros Arana 1932: 27). El autor de la *Historia general de Chile* permaneció siempre muy honesto y muy humilde. En una ocasión revela que “Yo no escribo por amor a la gloria... ni porque se me lisonjee con los apodos tales o cuales. Escribo porque me gusta, porque me descansa, porque me produce agrado”. En el mismo estilo nos confiesa: “Me han llamado gran historiador, escritor fecundo. Todo eso es broma. Lo poco que sé me lo he metido yo por la fuerza en la cabeza, y me ha costado mucho. Cualquiera puede hacer otro tanto. Trabajé con un propósito serio y pertinaz y dirán lo mismo de tí” (Barros Arana

1932: 28 y 32). Escuchemos finalmente como alaba el ejemplo que presentó el maestro Barros Arana su biógrafo, Gonzalo Bulnes:

“Vivir para el estudio, en este país donde no se aprecian los conocimientos intelectuales: vivir escribiendo para no ser leído; consagrarse a la ciencia con la fe de un espíritu superior, es algo que excede nuestro nivel social. Esto se comprende en Europa, no en Chile. En Europa el talento tiene derechos. Hay una aristocracia del talento. Nadie le pide sus pergaminos y la sociedad no le tantea el bolsillo para graduarle su estimación. [...] En Chile falta mucho para que eso suceda, y el sobreponerse al ignorante desdén del público es un mérito tan considerable, que por ese sólo capítulo el señor Barros Arana merece ser apreciado como un hombre excepcional en nuestro país y en nuestra época (Barros Arana 1932: 26).

No solamente los historiadores chilenos han elogiado al maestro Barros Arana. El historiador venezolano de la cultura y de las ideas, Mariano Picón-Salas, comentó algunos años atrás que “Quizás por el orden de su investigación y rigor expositivo que no excluye cierta elegancia seca y austera, Barros Arana sea la figura más importante de la Historiografía de Hispano-América en la segunda mitad del siglo XIX” (Picón-Salas 1957: XII).

3. *Bartolomé Mitre (1921-1906)*

El tercer miembro de nuestro triunvirato historiográfico, el general Bartolomé Mitre, junto con Domingo Faustino Sarmiento, es una de las figuras políticas e intelectuales más importantes de la Argentina decimonona. Considerado como “el maestro de los argentinos”, en su obra política como literaria es la personificación del espíritu progresista y unitario del siglo pasado. Como miembro de la Generación de 1837 que también incluía Alberdi, Echeverría y Sarmiento, “ningún argentino... representaba mejor que él las aspiraciones de la brillante generación que sumó sus esfuerzos en la grandiosa obra de constituir la nacionalidad” (Barreda 1918: 7). Sus enemigos le acusaban de jacobinismo a lo que contestó:

“Si es jacobinismo luchar por los principios que inspiraron a Moreno y a Rivadavia, es un honor ser llamado jacobino; si es jacobinismo luchar contra el atraso político, social y religioso que caracterizó a la dictadura, es un honor ser jacobino, porque sólo así podemos ser consecuentes con los nobles propósitos defendidos en la expatriación” (Cit. en Barreda 1918: 9).

A pesar de su compromiso incansable con la política –fue el primer presidente de la República Argentina (1862-68)– y con periodismo –en 1869 fundó *La Nación* (1869), el diario más importante del país– “Mitre es considerado aún hoy día como el fundador y líder de la historiografía argentina” (Thomas 1884: 253). Su intervención historiográfica se caracteriza por dos contribuciones a la historia totalmente distintas. Por un lado es el autor de las biografías de dos grandes hombres: San Martín y Belgrano y, por otro, participó en varias polémicas que definieron cómo se escribiría la historia en Argentina.

El interés de Mitre por los estudios históricos se originó durante su exilio, “en parte como reflejo de la boga europea determinada por las obras de Michelet y de Vico, en parte por el deseo de reconstruir el gran drama de la revolución de Mayo, cuyos principios se proponían todos continuar contra la restauración mazorquera” (Barreda 1918: 8). En 1859 se publicó su primera obra historiográfica titulada *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Es una verdadera joya de la historiografía argentina, no sólo por su narrativa fascinante sino también “por su preocupación laudable para los hechos y la documentación” (Shumway 1991: 208). Casi treinta años después Mitre publica su segunda biografía de igual valor historiográfico llamada *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* (3 tomos, 1887-1890). Comentando estas biografías, un discípulo importante de Mitre anota que:

“...los mejores capítulos de las dos obras clásicas de Mitre son sus introducciones. La *Historia de Belgrano* comienza trazando un notable cuadro de la vida colonial a fines del Virreinato, en que la veracidad y la perspicacia se dan la mano para poner de relieve sus características especiales. La *Historia de San Martín* está precedida por un estudio profundo, verdaderamente sociológico, de los antecedentes políticos y sociales de la emancipación americana; no es osado afirmar que el tiempo no ha disminuido sus méritos, y que, hasta hoy, sigue siendo el mejor capítulo de historia escrita en nuestro país (Shumway 1991: 10).

Su devoción por la biografía es una buena indicación de su pensamiento histórico. Como la gran figura británica de la historiografía romántica. Thomas Carlyle, el maestro argentino “prefería explicar el pasado usando las teorías de los “grandes hombres” y de la “minoría ilustrada” (Shumway 1991: 193). Esta visión de la historia, que domina toda la obra historiográfica de Mitre, está resumida en el “Epílogo” de su *Historia de San Martín*... Veamos cómo caracteriza la figura del Libertador porteño:

“Los hombres de acción o de pensamiento, que como San Martín realizan grandes cosas, son almas apasionadas que elevan sus pasiones a la potencia del genio y las convierten en fuerzas para obrar sobre los acontecimientos. Dirigirlos o servirlos. Ellos marcan las pulsaciones intensas de una época, de las que se deduce una ley positiva, reveladora de las leyes morales en actividad, y de percusión de las ideas circulantes en la corriente humana. Manifestaciones de una vida múltiple y de una potencia individual, condensadores o generadores del movimiento fecundo, obran sobre su tiempo como una acción eficiente o se lanzan en las corrientes permanentes, y de este modo su influencia se prolonga en los venideros como hecho durable o como pensamiento trascendental.

[...] El carácter de San Martín es uno de aquellos que se imponen a la historia. Su acción se prolonga en el tiempo y su influencia se transmite a su posteridad como hombre de acción consciente. El germen de una idea por él incubada, que brota de las entrañas de la tierra nativa, se deposita en su alma, y es el campeón de esa idea. Como general de la hegemonía argentina primero, y de la chileno-argentina después, el heraldo de los principios fundamentales que han dado su constitución internacional a la América, cohesión a sus partes componentes, y equilibrio a sus Estados independientes. Con todas sus deficiencias intelectuales y sus errores políticos, con su genio limitado y meramente concreto; con su escuela militar más metódica que inspirada, y a pesar de sus desfallecimientos en el curso de su trabajada vida, es el hombre de acción deliberada y trascendental más bien equilibrada que haya producido la revolución sudamericana. Fiel a la máxima que regló su vida: ‘Fue lo que debía ser’, y antes que ser lo que no debía, prefirió: ‘No ser nada’. Por eso vivirá en la inmortalidad” (Mitre 1952: 1242 y 1243-44).

Es evidente, pues de haber leído esta cita representativa de Mire, que el historiador argentino “considera la historia como un ejemplar, como un medio para dar forma al futuro” (Shumway 1991: 194). El crítico argentino, profesor Shumway, en un reciente ensayo de interpretación de la realidad argentina titulado, *La invención de Argentina*, dice que Mitre “deliberadamente emplea el pasado para crear una mitología nacional, una ficción guante, cuya función fundamental es justificar la Argentina que él imagina. (Shumway 1991: 194). Otro historiador argentino, Enrique de Gandia, explica la dimensión didáctica de la historia según Mitre, de otra manera: “Mitre convirtió la historia en una gran enseñanza. Sus páginas nos muestran a los hombres y a los hechos como factores de grandeza o de miseria, de nobleza o de mezquindad. San Martín y Belgrano atrajeron todo su amor de estudioso

porque son las figuras que encierran más altura espiritual, desinterés y carácter apostólico, no sólo de nuestra Patria, sino de América” (Gandí 1939: 153). Gandía termina su explicación poniéndose por las nubes:

“Mitre nutrió su espíritu en el ejemplo y en la moral de los hombres de la Revolución de Mayo para enseñar a las futuras generaciones el amor a la libertad y a la verdadera democracia. El sintió el pasado en una forma honda y exacta y trató, por todos los medios, que ese pasado fuese una enseñanza y un ejemplo para el porvenir” (Gandía 1939: 154).

Bartolomé Mitre no sólo era un gran combatiente en el campo de batalla —donde fue nombrado generalísimo de las tropas aliadas a principios de 1866 durante la guerra con el Paraguay— y en el campo político —donde actuó como director de *La Nación* y por muchos años como el líder de la oposición— sino también en el campo historiográfico. La primera prueba de su espíritu de luchador se revela como consecuencia de su debate con el publicista Dalmacio Vélez Sarsfield que había caracterizado la *Historia de Belgrano* “como un juicio dañino y caluminoso contra el pueblo del interior” (Shumway 1991: 208). Vélez Sarsfield se opuso al hecho de que Mitre y los otros historiadores “liberales” argentinos ignoraran el papel de las masas en favor de una veneración ciega y no siempre justificada de los grandes hombres (Shumway 1991: 210). “Además, Vélez Sarsfield mantiene que la insistencia de Mitre por la evidencia documentada, en vez de ser una virtud, simplemente condena sus obras historiográficas de parcialidad porque los documentos reflejan principalmente las preocupaciones de la clase alta” (Shumway 1991: 210). Mitre desestimó las críticas de Vélez Sarsfield como “evocaciones vagas e incompletas... carentes de todas pruebas” (Cit. en Shumway 1991: 210). Sin embargo, Juan Bautista Alberdi, otro miembro estelar de la Generación de 1837, se unió al punto de vista de Vélez Sarsfield. Según Alberdi, “la *Historia de Belgrano* es una leyenda documentada; consiste de fábulas disfrazadas por documentos... que debe ser leído con ojos de vanidad nacional, es decir con los ojos cerrados” (Cit. en Shumway 1991: 211).

El debate entre Mitre y sus críticos entró en una segunda etapa durante la década de los años 80. En esta ocasión, el otro gran historiador argentino del siglo pasado, Vicente F. López, que encabezaba el grupo de historiadores de tendencias filosóficas, “expuso la tesis básica del grupo, es decir, que la historia verdadera de un período no se encontraba en los documentos oficiales sino en el análisis de los acontecimientos políticos” (Barager 1959: 593). López y toda la escuela de historia filosófica argentina estaban influenciados

por los historiadores europeos como Macaulay, Thierry y Guizot y como estos, también pensaban que “el pasado debería ser juzgado no por el criterio pasado sino por el criterio del presente” (Barager 1959: 593).

Bartolomé Mitre defendió su posición historiográfica contra el ataque de López y de la “escuela filosófica” en dos obras: *Comprobaciones históricas, a propósito de algunos puntos de historia argentina según nuevos documentos*, publicada en 1881 y *Nuevas comprobaciones sobre la historia argentina, publicada en 1882*. Según Enrique de Gandía, “En sus polémicas [Mitre] dio lecciones de investigación y de interpretación” (Gandía 1939: 149). Asegura Gandía que:

“No amó Mitre los escarceos filosóficos ni la dialéctica más o menos elegante que convence a quien no reflexiona o irrita a los contradictores por sistema. La historia debe ser reconstrucción de hechos y valoración de los resultados que esos hechos produjeron. Esta es la verdadera filosofía de la historia y la que Mitre defendió. La biografía de San Martín, al igual que la de Belgrano, son un ejemplo acabado de este método histórico. Hechos y consecuencias se suceden creando todo un panorama. Sin embargo, este procedimiento no excluyó en Mitre la reflexión y, sobre todo, el comentario filosófico. Mitre hizo filosofía de la historia; pero esta filosofía no fue nunca imaginación o deducción infundada, solamente sostenida por la lógica, sino consecuencia única de un suceso o expresión viva de un documento. Lo lógico no es lo que ocurre, ni menos lo que debe o puede ocurrir. Con lógica no existiría el mal ni se perderían batallas. Mitre no ignoró estos principios y por ello sostuvo en sus polémicas que la única filosofía de la historia es la que fluye de los documentos históricos” (Gandía 1939: 151-152).

Por último, debemos examinar aunque sólo brevemente el desprecio que manifestaba Mitre hacia los historiadores argentinos que en las décadas finales del siglo XIX trataron de revisar la “leyenda Rosista”. Una obra que Mitre atacó sin piedad fue la de Adolfo Saldías titulada *Historia de Rosas y su época* (3 tomos, 1881-87) que defendió el caudillo plateño, el anatema de los historiadores liberales argentinos. En una carta escrita por Mitre a Saldías el 5 de octubre de 1887, el fundador de la Junta de Historia y numismática Americana le dijo:

“Su tercer volumen es la glorificación de un hombre que fue un tirano, dominando un pueblo inerte, sin voluntad propia, movido por el terror o por un fanatismo cristalizado; es la justificación de la existencia de un partido que, triunfante, sólo alcanzó a fundar el cacicazgo sin ley y

sin misericordia; y, lo que es más, la teorización de un conjunto de hechos brutales levantados a la categoría de principios de gobierno orgánicos. [...] Se ha propuesto usted la rehabilitación histórica, política y filosófica de una tiranía y de un tirano en absoluto y en concreto, tratando de explicarlo racionalmente por una ley anormal, dándole una gran significación nacional y orgánica y un carácter en cierto modo humano como potencia eficiente en la labor colectiva que constituye el patrimonio de un pueblo (Gandia 1939: 193 y 140).

Hoy día la reputación historiográfica de Bartolomé Mitre ya no es tan innegable como antes. Su detractor más destacado es el profesor Nicolás Shumway de la Universidad de Yale que ya hemos conocido. En su ensayo polémico sobre la identidad nacional de Argentina. Shumway dice que la obra de Mitre “nos habla en el presente y está agobiada de perfume espeso de la elegancia liberal” (Shumway 1991: 212). Además, insiste este crítico, “no obstante sus bellas palabras sobre la democracia y sus contribuciones impresionantes de la historia, nunca deja de abogar por los grandes hombres y las minorías ilustradas; es decir, por él mismo y por los que están de acuerdo con él” (Shumway 1991: 213). Según Shumway habían dos Mitres. El Mitre que fue un funcionario dedicado y sin el cual “no existiría la Argentina moderna” (Shumway 1991: 212). Y el otro Mitre. El Mitre “cuyas ambiciones repetidamente interrumpían el desarrollo nacional y continuaban frustrando el entendimiento del pasado argentino. Cuando las ambiciones personales de Mitre coincidían con el bienestar del país, era un funcionario fervoroso e imaginativo; cuando esto no fue el caso, fue una fuente de perturbación peligrosa y de tergiversación histórica” (Shumway 1991: 212).

Pero la opinión más popular y definitivamente más tradicional la expresa otro argentino, el historiador Enrique de Gandia. Para éste como para tantos argentinos del siglo XX “Mitre supo encarnar... tres personalidades, las que necesitaba la Argentina: la del estadista, la del militar y la del intelectual” (Gandia 1939: 157). Continúa Gandia diciendo que “Mitre historiador fue un modelo. Reunió en forma armónica al investigador de archivos, al exégeta y al maestro” (Gandia 1939: 152-153). Por último, termina elogiando el ejemplo único de la vida y obra de Mitre. Según Gandia,

“Su vida misma y su acción de combatiente contra la tiranía lo convirtieron en un puente entre los años de la Independencia y los de la organización definitiva nacional. Fue, así, un hombre histórico además de un historiador; destino que pocos seres han tenido en el mundo, porque generalmente quien hace historia no siente, no escribe y no

enseña la historia. Mitre tuvo conciencia del doble fin que desempeñaba su vida y por ello luchó siempre por la verdad, por el bien y por la nobleza en la historia que le tocaba impulsar y vivir y en la que su mano evocaba en el papel (Gandia 1939: 154).

Si se considera Mitre como “el defensor incansable de los privilegios porteños” que tergiversaba la historia para su propio beneficio según Shumway o si coincidimos con Gandia en que “Mitre fue el maestro que enseñó a escribir historia a los argentinos” de todas maneras tenemos que aceptar el dictamen de Julio Barreda Lynch que escribió en 1918 que las dos obras de Mitre “...con la *Historia argentina* de Vicente López, forman el grandioso trípede que sustenta la historia de nuestros orígenes nacionales (Barreda 1918: 9-10).

Conclusión

El pensamiento histórico de los tres historiadores latinoamericanos decimononos que hemos estudiado era muy similar en muchos pero no en todos los aspectos. Como hemos visto, los tres se oponían vigorosamente a lo que llamaban “historia filosófica”. Coincidían con Leopoldo von Ranke, el “padre de la ciencia histórica”, en que “el historiador sólo debía describir, no juzgar las tendencias dominantes, como otras fuerzas vivas” (Feuter sf: T. II, 151). Todos rechazaban el concepto de “la interpretación filosófica de la vida de la humanidad” legado por la Ilustración (Gooch 1977: 14). Sobre todo, no estaban de acuerdo con el “celo por la propaganda política y filosófica” de la historiografía del siglo XVIII, tan hostil “a la búsqueda paciente y a la investigación desinteresada (Ibidem). Sin embargo, no desechaban todo el pensamiento de la Ilustración. Los tres abrazaban la idea desarrollada primero por Vico del progreso en la historia y luego presentada en el discurso de Turgot en la Sorbona sobre *El progreso histórico del espíritu humano* (Ibid: 15). En realidad esta idea sería aceptada como una verdad innegable por todos los historiadores positivistas al fin del siglo, incluyendo los tres que hemos estudiado, aunque ninguno de ellos se puede denominar como partidario de esta escuela filosófica. A pesar de que no eran propiamente seguidores de Auguste Comte —el fundador del positivismo— coincidían con la creencia comtiana de que “el progreso no era sino la gradual evolución de la naturaleza del hombre, un avance combinado de bienestar material, ilustración mental y virtud” (Ibidem).

Si bien nuestros historiadores estaban de acuerdo sobre la manera de escribir la historia —prefirieron siempre la historia interna y narrativa por su

veracidad— no convenían sobre los temas que escogerían para sus investigaciones historiográficas. Como hemos visto, Andrés Bello dedicaba muy poco tiempo a la historia y aparte de su *Resumen de la historia de Venezuela* —obra aislada de su juventud— se conformaba con escribir reseñas de obras de otros historiadores y varios ensayos sobre el método de estudiar y escribir la historia. Sin embargo, su influencia sobre los otros dos historiadores de nuestra charla es innegable e incalculable. En este sentido podemos coincidir con los editores del libro que se publica en 1982 al celebrarse el bicentenario del nacimiento del maestro venezolano: “Bello fue un verdadero hombre del Renacimiento. Su talento no reconoció obstáculos. La necesidad de atender las ansias de educación y de progreso de un pueblo joven, donde no abundan los maestros, lo llevó a cultivar todos los predios del espíritu”, incluyendo la musa de Clio.

El historiador chileno Diego Barros Arana, como tantos de sus contemporáneos, incluyendo a su amigo porteño Mitre, escribió al comienzo de su ilustre carrera sobre la época de las guerras de independencia. Lo interesante de su caso es que con la madurez sus intereses historiográficos se fueron extendiendo; primero, para incluir la historia general de Chile y segundo, para abarcar toda la historia de América Latina. Es el único historiador latinoamericano decimonono, que yo sepa, que se embarca en la tarea de explicar la evolución de los pueblos americanos de todo el hemisferio —tanto de Brasil y las colonias británicas y francesas como de las colonias y repúblicas hispanas—. En esto Barros Arana no tuvo rivales. Y, por último, y apartándome un poco del tema de la materia de su obra, quisiera enfatizar una vez más su resistencia empedernida hacia la historia filosófica. En una carta a su colega y confidente Bartolomé Mitre, fechada el 5 de diciembre de 1875, nos dice:

“Siempre he creído que lo que se llama historia filosófica es el asilo de los que no quieren estudiar la historia, de los que quieren hacer de esta ciencia un conjunto de generalidades y declamaciones vagas e inútiles. Yo no sé si usted recuerda la polémica que sobre este punto sostuvo don Andrés Bello en 1847 con Lastarria y otros escritores chilenos, combatiendo este género de historia filosófica. A pesar del prestigio de tan gran maestro, los que en Chile nos hemos dedicado a estudiar y a escribir la historia, sobre todo Amunátegui y yo, hemos tenido que batallar largo tiempo para demostrar que la historia sin hechos bien estudiados y sin documentos, es completamente inútil y absurda (Cit. en Gandía 1939: 84-85).

No nos debe sorprender que así como los de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López para los estudios históricos en la Argentina, los libros de Barros Arana fueron “la piedra fundamental de la historia en Chile”.

Como ya hemos visto, en el caso de Mitre, es difícil separar al hombre público del historiador —hacía y escribía la historia y a menudo no distinguía entre la vida y el arte—. Pero lo que es indiscutible es su gran amor y fascinación duradera por la emancipación sudamericana. Mitre considera la revolución hispanoamericana como “uno de los más fundamentales cambios que en la condición del género humano se haya operado jamás [...] Pocas veces el mundo presencié un génesis político semejante, ni una epopeya histórica más heroica” (Mitre 1952: 12-13). En la vida de Bartolomé Mitre la figura de San Martín fue su más grande pasión de historiador (Gandía 1939: 146). Mientras más estudiaba la vida y época del general revolucionario más se convencía “que pocos hombres hubo en el mundo con una grandeza moral tan pura como la del Libertador” (Ibídem). Su *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* en mi opinión es su obra monumental y coincide con el pensamiento histórico de su madurez. No solamente provee una biografía sociológica e intelectual del “grande hombre” que liberó tres países sino que también describe y analiza con autoridad los innumerables acontecimientos de América del Sur. Y como toda obra importante y detallada, la *Historia de San Martín...* nos dice tanto sobre el tema que ha escogido el autor como del autor mismo. En este caso, y como punto final, quisiera subrayar el darwinismo social bastante exagerado que caracteriza la obra historiográfica de Mitre. Como tantos otros historiadores latinoamericanos, a fines del siglo XIX Mitre se deja seducir por las ideas racistas que normalmente llevan la etiqueta del darwinismo social. Vale la pena señalar que este aspecto del pensamiento de Mitre era compartido con los otros miembros de la generación de 1837 —especialmente con Sarmiento—. Veamos algunas citas representativas tomadas de la “Introducción” de su *Historia de San Martín...* Según el historiador de la emancipación sudamericana:

“Los criollos, los descendientes directos de españoles, de sangre pura, pero modificados por el medio y por sus enlaces con los mestizos que se asimilaban, era los verdaderos hijos de tierra colonizada y constituían el nervio social. Representaban el mayor número, y cuando no, la potencia civilizadora de la colonia: eran los más enérgicos, los más inteligentes e imaginativos, y con todos sus vicios heredados y su falta de preparación para la vida libre, los únicos animados de un sentimiento de patriotismo innato, que desenvuelto se convertiría en elemento de revolución y de organización espontánea, y después en principio de cohesión nacional (Mitre 1952: 38).

Y si esto no fuera suficiente para confirmar la actitud racista de Mitre escuchemos los que añade al concluir sus observaciones preliminares:

“La raza criolla en la América del Sur... es una raza superior y progresiva a la que ha tocado desempeñar una misión en el gobierno humano en el hecho de completar la democratización del continente americano y fundar un orden de cosas nuevo destinado a vivir y progresar. Ellas inventaron la independencia sudamericana y fundaron la república por sí solos, y solos la hicieron triunfar, imprimiendo a las nuevas naciones que de ellas surgieron su carácter típico. Por eso la revolución de su independencia fue genuinamente criolla. Cuando estalló en 1810 con sorpresa y admiración del mundo, se dijo que la América del Sur sería inglesa o francesa, y después de su triunfo presagióse que sería indígena y bárbara. Por la voluntad y la obra de los criollos, fue americana, republicana y civilizada (Ibídem: 41).

Aunque esta posición claramente racista nos parece hoy día chocante y totalmente inaceptable, no deberíamos olvidar que por todo el hemisferio americano el darwinismo social reinaba entre los intelectuales durante los últimos años del siglo pasado y bien entrado el siglo XX. Una excepción destacable es la del historiador mexicano Justo Sierra, quien irónicamente siendo ministro en el gobierno de Porfirio Díaz en la víspera de la Revolución Mexicana indicaría el camino que la mayoría de los historiadores del siglo XX escogerían –sea un Riva-Agüero en el Perú, un Gilberto Freyre en Brasil o un Picón-Salas en Venezuela–. En el alba del siglo presente nos dijo el maestro Sierra:

“Los mexicanos somos los hijos de los dos pueblos y de las dos razas; nacimos de la conquista; nuestras raíces están en la tierra que habitaron los pueblos aborígenes y en el suelo español. Este hecho domina toda nuestra historia; en él debemos nuestra fama (Sierra s.f.: 37).

BIBLIOGRAFIA

ACEVEDO, Edilberto Oscar

- 1992 *Manual de historiografía hispanoamericana contemporánea*, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.

AMUNATEGUI SOLAR, Domingo

- 1940 "Don Andrés Bello y la historia", en Bello 1957.

BARAGER, Joseph R.

- 1959 "The historiography of the Río de la Plata Since 1830", *Hispanic American Historical Review*, 39 (588-642).

BARREDA LYNCH, Julio

- 1918 "Mitre historiador", en Mitre 1918 (7-11).

BARROS ARANA, Diego

- 1884 "Prólogo a *Historia jeneral de Chile*, Rafael Jover, Santiago.
1932 *Riquezas de los antiguos jesuitas de Chile*, Biblioteca Vida Chilena, Santiago.

BELLO, Andrés

- 1957a "Historia física y política de Chile por Claudio Gay", en *Obras completas*, T. XIX, *Temas de Historia y Geografía*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas (125-152).
1957b "Influencia de la conquista y del sistema colonial", en *Ibidem.* (153-173).
1957c "Modo de escribir la historia", *Ibidem.* (229-242).
1957d "Modo de estudiar la historia" *Ibidem.* (243-252)
1978 *Resumen de la historia de Venezuela*, Casa de Bello, Caracas.
1982 *Andrés Bello. Bicentenario de su nacimiento*, Editorial Arte, Caracas.

BULNES, Gonzalo

- 1932 Estudio preliminar, en Barros Arana 1932 (5-33).

BURNS, E. Bradford

- 1978 "Ideology in the Nineteenth Century Latin American Historiography", *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, N° 3 (409-431).

- FUETER, Eduard
1953 *Historia de la historiografía moderna*, Nova, Buenos Aires.
- GOOCH, George P.
1977 *Historia e historiadores en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GRASES, Pedro
1978 "Palabras preliminares", en *Bello* 1978 (7-13).
- MITRE, Bartolomé
1918 *Ensayos históricos*, La Cultura Argentina, Buenos Aires.
1952 *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Peuser, Buenos Aires.
- PICON SALAS, Mariano
1957 "Prólogo sobre Bello y la Historia", en *Bello* 1957.
- SHUMWAY, Nicholas
1991 "Mitre and the Gallery of Celebrities", en *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley.
- SIERRA, Justo
s.f. *Evolución política del pueblo mexicano*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- THOMAS, Jack Ray
1984 *Biographical Dictionary of Latin American historians and Historiography*, Greenwood Press, Westport, Conn.

